

“Todos resucitan diariamente en nuestros ojos”

-Raúl Zurita

## REFLEJOS DE UNA TV DESEENCHUFADA

de Olafur Anthead

Recordé que ya no hacía falta y me quité la sábana de la cabeza. Jugué a tener frío. Los gritos y el humo se filtraban del otro lado. Un charco vaporoso como una nube borracha de magma albino y enfisemas tosidos reptaba hacia la puerta que tenía detrás mío desintegrándose fantasmagóricamente en el gélido aire de una noche más de bombillas masticadas, trozos de papel y agrietadas cuerdas vocales.

Las botellas de agua en ruinas y de orina pasteurizada parecían contener, más que el propio líquido, el miasma de un invernadero abandonado apunto de reventar.

Soltarían esos gases hediondos por toda la sala supurando espuma y yo jugaría a oler.

Todas esas botellas desperdigadas por la habitación crujían hacia dentro, el frío las estrangulaba y yo teatralizaba mi mejor versión de un sobresalto.

Recordé que ya no hacía falta y me mantuve de pie mirando fijamente el televisor desenchufado. Como siempre. A veces quizá actuamos para un solo espectador. Otra botella crujió. Si hubieran sido bombonas de helio y reventaran quizá todos los muebles estarían ahora levitando.

Eso explicaría muchas cosas.

En el televisor puedo ver la emisión en directo de las nueve cámaras de videovigilancia repartidas en seis puntos distintos de la habitación contigua. Las otras dos cámaras emiten sin cesar una filmación browniana, una suerte de lápida memorial televisada del recuerdo abstracto de las ondas del Big Bang. Y la cámara restante emite en el televisor una imagen congelada o una fotografía. Podría también tratarse vagamente de una representación burda en dos dimensiones del tiempo como un bloque físico inmutable. Pero encima creo que es una habitación parecida a la mía. De hecho es idéntica. Veo en la pantalla el mismo televisor que tengo delante desde el que veo el televisor de la pantalla. Pero yo no estoy ahí. No me veo.

Los ángulos de las cámaras son picados en su mayoría ofreciendo una imagen desde arriba de las diferentes partes de la habitación, parece que han sido colocadas torpemente al azar y con mucha prisa porque hay infinidad de puntos muertos y esquinas sin vigilancia a las que no llega la invisible luz de infrarrojos de las cámaras de videovigilancia. Esto crea cierta confusión puesto que no acabo de lograr encajar todas las partes de la habitación del otro lado en un esquema mental del espacio.

El humo y las partículas de polvo en suspensión perpetua como planetarios microscópicos colgados de hilos cubren la habitación como si estuviera a quinientos metros bajo el agua. Recuerdo que estamos en el interior de un local y que el hecho de que por una de las cámaras vea una medusa en lo que parece ser un cementerio de submarinos no tiene mucho sentido y se deba a una ilusión provocada por el polvo flotante y la textura del humo diseccionada a

trozos por la cámara de infrarrojos de baja calidad que lo tiñe todo de una mezcla entre un blanco y negro verduzco y un Technicolor caducado y moribundo.

Los gritos que juego a oír al otro lado de la habitación reverberan difuminados de entre la oscuridad inexistente del fuera de campo de videovigilancia que es el espacio plegado e indivisible que hay entre las esquinas de un ángulo de cámara con el otro, ese finísimo marco negro que sirve de frontera entre las distintas grabaciones en directo de las cámaras y que divide en nueve rectángulos la pantalla del televisor como una ventana-mosaico del mismo tiempo en espacios diferentes. Es imposible verlo todo en todo momento, o sí. A veces juego a que no conozco la respuesta. A veces juego a que me olvido. Y de pronto veo una especie de pájaro a toda velocidad recorriendo toda la pantalla de esquina a esquina, sorteando sin problema los límites de cada rectángulo y atravesándolos sin romperlos. Más bien es como una silueta de cartón recortada o como esos dibujos infantiles vueltos a la vida de los aviones con caras de tigre bombardeando pueblos.

Pero a veces juego a hacer ver que no está pasando nada. Y me canso y vuelvo a jugar a hacer ver que sí.

Veo un brazo, extendido, con la palma abierta, justo en el rectángulo de abajo a la derecha. Tiembla demasiado. Puedo distinguir el temblor de la mano. Las otras cosas de la habitación tiemblan pero tiemblan como lo hacen las cosas que no se mueven y juego a creer que es el humo y la baja calidad de las cámaras que hace que los píxeles bailen e inventen cosas que no están ahí. O quizá sí están. Todo resucita delante de nuestros ojos. Quizá yo sea otra cámara de vigilancia que controla a las otras cámaras y haga bailar píxeles y formas.

Pero estoy jugando. Y veo desde el televisor desenchufado.

Veo el brazo temblando, extendido y palma abierta en uno de los lados de la emisión de la cámara del rectángulo de abajo a la derecha. Veo el brazo. Como si alguien sujetara un miembro arrancado y lo moviera escondido desde el anonimato espectral que es el fuera de campo o el mundo de los puntos muertos. Lo mismo pasa con la pierna que aparece en uno de los lados del rectángulo del centro del televisor.

Una pierna y un brazo.

Una pierna y un brazo movidos y temblando exageradamente por una especie de titiriteros diabólicos con muy mal gusto que no logro ver. O sí.

Y de pronto otro brazo más. Y otra pierna. Como si se tratara de la misma persona repartida en el mismo momento en cuatro lugares distintos a la vez, una especie de teletransportación cubista y por fascículos. Una aparición desmembrada y a trozos. Un puzzle humano al que le han arrancado las extremidades y hacen asomar sus partes en lugares distintos de la habitación; una suerte de vodevil macabro, como los que escenifican en sus dibujos los infantes supervivientes de un bombardeo a un pueblo, que horrorizados y totalmente enajenados usan los restos cadavéricos de sus vecinos y familiares como marionetas para su función del fin del mundo.

Veo esa aparición, títere disgregado por la pantalla. Si pudiera doblar las esquinas de la imagen del televisor quizá lograría crear una especie de origami holográfico juntando esas extremidades y hacer que esa marioneta bailara en mi mano. Quiero creer que es una persona y que está viva. Me gusta jugar a hacer ver. Pero ahora sobran dos brazo. Y un trozo de

cabeza. Los niños del bombardeo despiertan de su letargo enajenado y se han dado cuenta de qué están haciendo con esos restos de cuerpos. Se quedan paralizados sujetando las extremidades de cadáveres que ya no reconocen. O sí.

Pero yo estoy aquí. En la habitación contigua y los gritos retumban como si quisieran combatir contra el humo y llenar la totalidad del aire de la habitación con su aliento recuperado por la imagen del televisor. Son dos. Y están completos. O tres. Dos.

Jugaré a que son tres, como ellos (pero son dos). Otra de las botellas de orina espumosa cruje hacia adentro por el frío y las tres personas que son dos aparecen renacidas por la imagen en el televisor. O quizá aparecen en el televisor que es mi cabeza por dentro que juega a que en el televisor desenchufado de afuera aparecen renacidas las tres personas que son dos. Las veo. Renacidas y casi enteras en uno de los rectángulos de la pantalla. Parecen asombrados por volver a ver por nuestros ojos. Sí. A veces juego a que veo cosas en la sombra, figuras, formas y abstracciones. Dibujos, pájaros, bombardeos y sombras iluminadas. Infrarrojos y reflejos vacíos. Fantasmas de Pepper en televisores desenchufados.

Pero esto es diferente. Juego a creer. Esto es como si una proyección mental para un único espectador se viera sabotada por apariciones externas sobrenaturales. Ellos tres que son dos han cesado de gritar y juegan a creer que están ahí, que están encerrados, que deben escapar. Que son tres.

Yo por otro lado, juego a hacer ver que los oigo:

-Cari, combinación de tres números.

-A ver

-Supongo que estará aquí también... Sienta a la niña en el sofá que se ha caído

-Voy

-Es que tiene que estar aquí, allí ya hemos mirado

-Veamos busca algo a ver, a ver si sale alguna pista

-Joder

-Tiene que estar por aquí, a ver déjame ver

-Nono, eso es un candado y ya, el número tiene que estar por la habitación

-Tres números...¿Pero no nos ha dado más pistas no?

-¡Que no!, Cari que hay que resolver el candado antes

-A ver...

-Como nos asuste ahora el fantasma me cago en Dios

-Bueno. Tranquila, veamos... vamos a ver

-Nos podría dar una pista o algo

No sé porque, pero como un resorte, como si ya lo hubiera hecho, como si algo me obligara a hacerlo, me inclino hacia la pared colindante a su habitación y les susurro:

.....lllllOooooooooossssss habééééééiiiiiiiiissssss fijjjjjjjjaaaaadoooooo queeeeeeee  
eeeeeen laaaaaaa esssstanteríiiiiíiaaaaaa haaaaay unooooooooossss  
libroooooooooooooooooossssss???......

-¡Coño claro! ¡Los libros!

- Pues yo ya había mirado antes
- A ver vamos, no habrás mirado bien

Ahora yo también juego con ellos. Son una pareja. Suelen ir a estos sitios. Ya les conozco de este mismo momento muchas veces. O no. Les gusta jugar a hacer ver que están encerrados y que tienen que escapar. A mí no me gusta tanto pero también juego a hacerlo.

- ¡Toma ya!
- Hostia estaba aquí, joder solo había que tirar de la palanca
- Vale vale, creo que podría ser uno de estos libros
- Mira en la enciclopedia
- A ver...

Son buena gente. Trataron de tener una hija. De hecho la tuvieron un tiempo. Depositaron en ella todo su amor y decidieron no volver a escapar por mucho que se sintieran encerrados. Fueron muy felices. No solían tener contacto con mucha gente porque se les solía considerar gente extraña y esquinada y siempre iban de un sitio a otro contando historias extrañas a la gente. Ellos se querían igual pese a todo y ahora más que eran tres. Hasta que un día no se sabe porque un día que ellos no estaban la pequeña escapó.

Y dejó de respirar.

Y volvieron a ser dos.

Ahora juegan a hacer ver que esa muñeca a escala 1:1 es su hija.

- Hostia qué bestia, este nos ha costado ¿eh?
- Jodeer, ya te digo, suerte de la pista que si no..
- Hasta mañana que estaríamos aún aquí...
- Joder, toda la eternidad aquí encerraos, a mí no se me hubiera ocurrido
- ¡¡¡Que lo tenemos pequeña!!!
- Cuidao a ver si va a venir el fantasma
- Cari ¡joder!....aaayy...oye, que no me acojones que llevo todo el rato cagada
- Ah ja ja ja vengaaa que ya acabamooos

A veces quizá actuamos para un solo espectador. Su vínculo es mucho más fuerte que nunca. Suelen ir a estos sitios. Es como volver a vivir. Les recuerda a la tragedia que no pudieron vivir en cuerpo presente. Pueden volver a las mismas sensaciones de forma progresiva, inconsciente y en pequeñas dosis homeopáticas. Regresan a esas emociones para digerirlas y transmutarlas en algo nuevo, vivo y más feliz sin olvidar jamás el dolor ni mucho menos a la pequeña. El jugar a hacer ver que están encerrados y que no pueden escapar les hace regresar. Y así siempre. Les recuerda que vale la pena seguir. Para poder sobre todo. Incluso la muerte. Juegan pese a todo.

- Míralo, ¡aquí está!
- ¡La enciclopedia!
- Estará en una de estas páginas
- Mira

-Sí. Vamos a ver...  
-9.....2.....  
-92.....¿6?  
-...7  
-Sí. 927  
-Toooma!!!  
-Perfecto!!  
-Mira ahora en la enciclopedia  
-A ver

Y una vez más me despido de ellos en silencio. Les he cogido aprecio. Como siempre. Pero no puedo hacer nada. No pude. No podré.

Según como lo veo:

Él abrirá la enciclopedia, y como siempre, el bosque aprisionado en sus páginas empezó a escaparse y se desplegará en uno de los rectángulos de la pantalla del televisor, el rectángulo de la habitación en la que estarán ellos tres que son dos.

Los niños del pueblo oyen unos bombarderos que se acercan por el cielo, es el día antes del fin del mundo.

Efectivamente, la enciclopedia se abre del todo y los árboles, medusas, monstruos, océanos y raíces que contiene se derraman por el rectángulo de la pantalla y estallan cubriéndolo todo.

Los bombarderos sueltan las bombas y en unas décimas de segundo todo se vuelve blanco.

Ahora estoy aún aquí de pie y juego a ver en la pantalla que hay un bosque espesísimo en uno de los rectángulos y en el resto de rectángulos juego a seguir viendo cinco emisiones de las cámara de vigilancia de la habitación contigua intacta, dos rectángulos con la emisión browniana del Big Bang y el último rectángulo de la pantalla con la emisión de la sala idéntica a la que yo me encuentro, televisor y todo, pero donde no estoy. Porque no me veo. Pero me gustaría verme. O no. Otra botella de orín cruje hacia adentro por el frío.

Me juego lo que sea a que jugaré a quedarme mirando fijamente esa emisión maldita con esa vaga adaptación 2-D de la dimensión del tiempo como una arquitectura inmutable de cuatro dimensiones e intentaré escapar de algo que ya hice, hago y haré.

Por un momento me decido (o me creo jugar a decidir) a jugar a romper la sucesión de eventos temporales repetidos como si se trataran de un bloque físico fijo en el que todo lo sucedido todo lo que sucede y todo lo que sucederá ya ha sucedido está sucediendo y

sucedará sin posibilidad de ejercer ningún cambio ni de tener oportunidad rebelión alguna ante un destino que quizá ya pasó o está pasando o peor, pasará.

Y por un momento juego a hacer ver que me escapo de los eventos y juego a verme a mí mismo desde la pantalla del televisor desenchufado que sigue emitiendo esos nueve rectángulos con esas nueve emisiones de videovigilancia en directo. Juego a verme desde el rectángulo de la cámara de la habitación en la que estoy pero no me veo. Pero juego a verme. La visión de verme a mí mismo, ya no solo desde el reflejo del televisor, sino desde arriba de espaldas mirando el televisor, mirándome de espaldas y mirándome de espaldas mirando mi reflejo por el televisor que me mira de espaldas mirándome con una forma que ni logro imaginar es tan terrible que dejo de jugar y me horrorizo. Veo

sobre el pueblo bombardeado el fundido a blanco que se vuelve una montaña moribunda de sangres y vísceras y metralla y gritos y humo y restos de cuerpos que estallan por dentro y por fuera mientras unos pocos infantes lo ven todo y ya atisban sin querer los dibujos que harán en unos días de los bombarderos y la función macabra del fin del mundo.

Pero yo estoy aquí. De pie. Mirando el televisor. Jugando a ver. Otra de las botellas de orín cruje de nuevo hacia dentro por el frío. Sigo:

En uno de los rectángulos de las emisiones del televisor juego a ver como ese bosque espesísimo que ha escapado de la enciclopedia rebosa vida y animales y plantas e insectos y espíritus y fantasmas. Ya no está encerrado en unas páginas apergaminadas y polvorientas. Veo generaciones y generaciones de seres microscópicos que bailan en la corteza de los árboles. Quizá sea la baja calidad de las cámaras y en realidad no sean seres microscópicos que bailan sino píxeles que se inventan formas, figuras y abstracciones. Como yo. Todos jugamos concluyo. Pero yo juego a ver. Y juego para un solo espectador. A veces tan solo actuamos para un solo espectador. La botella de antes vuelve a crujir por el frío.

Juego. Y juego a ver. Y en ese rectángulo del televisor, esa especie de pedazo de ventana veo esos árboles nevados. Y veo esos árboles talados. Veo el bosque arrasado y devuelto a las páginas de las enciclopedias. Veo sonidos. Veo olores. Veo días antes de la creación y días después del fin del mundo. Veo personas edificando. Veo personas destruyendo. Veo ciudades que se construyen. Veo ciudades en llamas. Veo el local que se construye y gente que entra. Veo cómo los dueños del local instalan las cámaras de videovigilancia torpemente y a toda prisa. Veo que de alguna forma esas cámaras logran rebobinar hasta incluso momentos en los que no estaban todavía colocadas ni existían. Veo que pueden hacer lo mismo en el futuro. Otra botella vuelve a crujir hacia adentro por el frío. Veo sustos y risas y candados y acertijos y personas disfrazadas de fantasma que asustan y enciclopedias que contienen números en su interior. Veo cómo ya en la habitación contigua me quito la sábana porque ya no hace falta. Y en los otros rectángulos juego a ver otras cosas, veo gente y tsunamis y muertes y nacimientos y puestas de sol y toses y humo y bombardeos y medusas y cementerios de submarinos y edificidos que se construyen en colapso y personas y animales y bosques y fundidos a blanco y veo otra vez a los tres que son dos y veo o juego a ver que creo que lo único que hago o puedo hacer es rebobinar o al revés.

Quizá yo ya esté muerto y juegue a estar vivo o al revés. Quizá no pueda verme porque no existo o al revés. Quizá esto ya ha sucedido. O está sucediendo. O sucederá. O nada de eso. Quizá estas cámaras de videovigilancia que juego a ver funcionan a destiempo y saltan hacia adelante o hacia atrás o hacia el centro. O quizá estas palabras sean lo que verdaderamente son, formas, figuras, abstracciones de color negro sobre un fondo blanco, imagiadas, jugadas, vistas. Quizá esto sea un jugar a ver. Quizá puedo entrar en el televisor. Quizá soy la muñeca de la niña muerta, o sus padres, o la medusa que cruza el cementerio de submarinos, o quizá soy el fantasma o el fantasma del fantasma disfrazado o el recuerdo del fantasma del fantasma disfrazado al morir o soy las cámaras de vigilancia o los trozos desmembrados de las víctimas del bombardeo o los bombardeos o el puto televisor o el bosque o los píxeles de la pantalla o una invención abstracta de los píxeles o la silueta recortada de un avión o el pájaro que cruza de punta a punta la pantalla, doblegando esquinas, atravesando fronteras y rompiendo de una vez por todas los nueve rectángulos que separan el televisor desenchufado y las nueve putas emisiones de videovigilancia que juego a ver.

En fin. Se me acabó el descanso.

Será mejor que me prepare. Debo llenar varias botellas con orín y agua no sé para qué. Para que vayan crujiendo imagino. Tengo que abrir la puerta de atrás que da a la noche gélida de bombillas masticadas, trozos de papel y agrietadas cuerdas vocales y todo eso, ya sabéis.

Vale. Activo el humo, me pongo el disfraz de fantasma, bueno, el disfraz...la sábana harapienta, corroída y apestosa que espero algún día poder incinerar junto con mis jefes dentro. Oigo que ya entran los clientes y ya empiezan a gritar por el susto de la entrada. Bien, podré salir de aquí en un par de horas. Joder qué frío hace. Esto es como un puto limbo horrible. Cuántos días llevo aquí metido. Madre de Dios.

Tele desenchufada, cámaras desactivadas....todo preparado pues.

Que empiece la función.

Fundido a blanco

Fundido a peli browniana (lo más parecido al Big Bang en términos audiovisuales)

¡Ahora!

El marco que divide las grabaciones de las cámaras de vigilancia se rompe y el líquido-imagen de dentro del televisor se funde en un único magma humeante y albino de postimágenes que reptando por el suelo se desintegra en el exterior, hacia la noche, hacia afuera.

“Todos resucitan diariamente en nuestros ojos”

-Raúl Zurita

Recordé que ya no hacía falta y me quité la sábana de la cabeza.

## EPÍLOGO

La pareja que vino a hacer la sesión se fueron muy contentos. Me emocioné al verlos jugar durante toda la sesión. Fue algo muy potente. Me disculpo espiritualmente ante ellos por si en este texto he mancillado lo que realmente son en este relato que sentía debía escribir para exorcizar o tratar de exorcizar esta temporada. Los he tomado como inspiración y confieso

haber retorcido macabramente algunas cosas. Espero que sus almas en el éter me lo perdonen algún día.

Al final se me humedecieron las ojos viéndolos jugar en el final de la sala. Fue una escena muy bonita. En esa escena estaba condensado ese amor, resiliencia y esperanza que hace vibrar el espíritu y que peta mentes. Es el recuerdo más tierno, feliz y hermoso que guardo de ese lugar. Fue cojonudo. Menudo par de personas. La hostia.

Al acabar me agradecieron el trabajo, la implicación, la actuación, los sustos y me felicitaron dándome una propina simbólica.

Gracias. No es nada fácil. Llevo días jodido porque ya casi no tengo tiempo ni energía ni ganas de filmar ni grabar ni editar ni dibujar ni hacer música ni vivir y los jefes son unos pedazos de hijos de la gran puta y me duele un montón la espalda. Ojalá vengan tiempos mejores, vendrán sí. Y va a ser la hostia.

Este curro, salario y trato de mierda no se lo deseo a nadie y la verdad agradezco que esta haya sido mi última sesión y voy a hacer todo lo posible para evitar este tipo de circunstancias.

Pego una cagada tremenda en el water, me pillo un par de rollos de papel para casa y me miro en el espejo. Ahí estoy. Me miro a los ojos y me saludo. Hoy me saludo respetuosamente. Me agradezco el curro hecho, el haber cagado y me digo -vamos allá hostia-. Al fin me veo. Tengo 24 años, estoy agotado pero estoy vivo, recién cagado y con esa barbita de mierda extraña que llevo. A ver si crece de una puta vez. Hasta que no crezca como la de Alan Moore no podré escribir cosas tan cojonudas como él, así que será mejor que siga trabajando. Venga que no ha sido nada.

He recuperado el estar tranquilo conmigo mismo, las ganas de seguir tocando los cojones a mi manera, de seguir creando y el buscar la manera de hacer lo que realmente quiero hacer.

Apago todo y con una sonrisa en la cara cierro de un portazo la puerta del local jugando a imaginar que una cerilla cuadrimensional encendida va poco a poco devorando ese infierno helado repleto de ángulos muertos, televisores, pesadillas, fantasmas e hijos de puta.



Escapé del escaperoom

Y ahora...  
a seguir  
allá vamos HOSTIA!